

LAS LÁGRIMAS DE HENAN

Antonio Gómez Rufo

En el principio fue un aullido lejano, un alarido de cristales haciéndose añicos que pareció salir de lo más profundo de las entrañas de los riscos cubiertos de nieve que escoltaban el pueblo por su lado noroeste, más allá del río Amarillo, el Huang He. Fue una exclamación angustiada y desgarrada, como si el cielo quisiera anunciar que muy pronto las cumbres lejanas dejarían caer sobre el mundo el definitivo alud de la muerte. Empezaba a apagarse el atardecer del último viernes de noviembre en Yanshi y aquel grito roto e interminable incendió las escasas luces del mortecino día que se recogía entre las tinieblas apresuradas que crecían para adueñarse de todo.

Fue una voz espantosa, un chillido doloroso y cruel, un baladro espeluznante. Primero pareció irreal, como el latigazo de un rayo imposible bajando lentamente por las laderas nevadas de las montañas de Taihang para sobrevolar después el cauce del río y las granjas de cultivo del valle que se extendía a los pies de la cordillera. Unas contraventanas se abrieron y otras se cerraron, en ambos casos por idéntica razón: la llamada del pánico. Los vecinos de Yanshi pudieron oírlo con tanta nitidez como si aquella alarma surgiese de sus propias esencias, de lo más íntimo de sí mismos, y se les agazapó temerosa el alma. Finalmente pasó el estruendo y el silencio se hizo de hielo, más doloroso aún; pero transcurridos unos pocos segundos, como un anuncio de guerra, volvieron renovados los bramidos, las voces, los lamentos y los gañidos, cada vez más afilados, cada vez más hirientes. Era la voz de una mujer, de eso no había duda, pero muchos pensaron que gritaba así porque estaba siendo devorada por el diablo o porque el diablo, mientras devoraba el mundo, se estaba sirviendo de la voz de una mujer para extender aún más el terror.

Quienes vencidos por la curiosidad se atrevieron a asomarse a las ventanas y los que se detuvieron paralizados en medio de la calle con la mirada puesta en la dirección de la que provenían los gritos quedaron sumidos en el desconcierto y el pavor sin saber qué hacer. Dos soldados de la guarnición, por instinto, desenfundaron las pistolas y las dejaron colgando al final de sus manos, apuntando al suelo. El demonio no podía ser abatido por las balas. El miedo tampoco. Atrapados en el manantial de los truenos secos, ninguno de ellos se atrevió a respirar hondo.

Los espasmos del terror se fueron acercando cada vez más, entrando por las callejas de la aldea como un viento huracanado o una jauría de perros guillados. Las mujeres corrieron a cerrar las puertas de sus casas mientras los hombres se agruparon en la calle para sentir su miedo protegido con los miedos de los demás. Los soldados, a pesar de las miradas de súplica de los vecinos para que les amparasen, huyeron al cuartel con la excusa de dar parte a un comandante que en ese momento estaba también de pie, pálido y sobrecogido por los alaridos que le estaban destrozando los tímpanos y resquebrajando los galones de su entereza.

Y de repente, envuelta en un alboroto de gritos húmedos, en borbotones de demencia, en una extraña confusión de rugidos y bramidos, babeando bilis y escupiendo saliva, apareció Lin Lizhou por el final de la calle de la Paz Eterna. Corría enloquecida, desnuda, con los despojos de sus ropas enganchados en las aristas del cuerpo y flameada por ropajes reducidos a jirones que ella misma había hecho. Los dedos de las manos, crispados como garfios de acero, se los había clavado a ambos lados de la

cabeza y en su delirio se arañaba sin cesar la piel de la frente y los salientes de la cara. Debajo de las uñas se amontonaban restos de sangre roja, pelos negros y piel nueva. Y lanzaba gritos trastornados, endemoniados, como si hubiese sido poseída por la Serpiente de las Diez Cabezas o quedado preñada de un dios vengativo que hubiera convertido su garganta en una cascada de gritos de vidrios, ascuas y fiereza. Ya no era una mujer: era una alimaña presa de la exasperación, la bestia herida por la furia de la agonía.

Lin Lizhou se había vuelto loca.

Entre varios hombres, los menos acobardados, lograron sujetarla por los brazos para detener su agitada carrera hacia ninguna parte. Huía pero nadie sabía de qué. Ni por un momento miró hacia atrás. Intentó zafarse de sus apresadores, gritó aún más fuerte el nombre de sus hijos y luego repitió tres veces seguidas el de su esposo, como invocando al demonio.

- ¡Feng!, ¡Feng!, ¡Feng!

Inmovilizada al fin pero retorciéndose para continuar arrancándose la piel de la cara, con los ojos en blanco y una mueca de horror agarrotada en la boca, se dejó caer de rodillas en la nieve, escondió la cara entre sus manos rizadas y, respirando fatigosamente, vomitó mil blasfemias mientras lloraba lágrimas de sangre que fueron labrando sobre la nieve una constelación de lunares de color rojo que durante el resto de la tarde y toda la noche quedaron congelados formando canicas que a la mañana siguiente aún nadie se había atrevido a robar.

Lin Lizhou fue trasladada al Pabellón de Reposo del Hospital Popular de Zhengzhou en la trasera de la camioneta de la guarnición de Yanshi, fuertemente escoltada para evitar que se autolesionase de manera irreversible. Hasta la fecha es imposible afirmar si alguna vez llegó a recobrar la razón ni si su mal tendrá cura algún día. Dicen las lenguas inquietas de Yanshi que cuando mira de fijo sus ojos no son humanos y que no puede hablar porque ha olvidado el color de las palabras. Y que cuando duerme no descansa porque no puede soñar. Sólo se sabe que, desde entonces, ríos de lágrimas corren por la provincia de Henan sin que de noche ni de día escampe el salado sabor de la tragedia.

Y, sin embargo, un año antes, Lin Lizhou podía sentirse una esposa feliz en la aldea más plácida de la Tierra.